

La *Sociedad* dijo lo siguiente del entierro:

"FUNERALES DEL SR. DR. D. MANUEL CARPIO.—Ayer, cerca de los cuatro y media de la tarde, salió del local de la Escuela de Medicina, y llegó al convento de San Fernando una hora y cuarto despues, el cadáver del Sr. Dr. D Manuel Carpio, llevado por los alumnos de la expresada Escuela, y acompañado de mas de 300 personas de riguroso luto, que iban á pié tras del ataud del sabio modesto y del eminente literato.

"Presidia la comitiva fúnebre el señor director de la Escuela de Medicina, y componian tal comitiva los alumnos de los diversos colegios, las comisiones de corporaciones científicas y literarias, casi todos los miembros de la Academia de Medicina, individuos del clero secular y regular, magistrados, militares, artistas, y en suma, los amigos del finado. Tras la comitiva formaban los coches inmensa fila, y no creemos exajerado decir, que irian los últimos por la calle de San Andres, cuando el ataud llegaba al atrio de la iglesia de San Fernando, donde fué recibido por el Consejo Superior de Salubridad.

"Puesto el cadáver en la capilla del claustro, donde ardian multitud de cirios, la comunidad toda de San Fernando, presidida por su guardian, acudió bajo cruz y ciriales á cantar los responsos, y la orquesta del profesor Delgado ejecutó una vigilia compuesta *ad hoc* por el Sr. Paniagua, segun se dijo. Terminada la vigilia, el cadáver fué conducido por la comunidad al Panteon, y ántes de ser inhumado, pronunciaron breves y sinceros elogios á la memoria del finado, los Sres. Ortega (D. Francisco) á nombre de la Escuela de Medicina; Reyes, á nombre del Consejo Superior de Salubridad; Jimenez (D. Miguel) á nombre de la Sociedad de Beneficencia Médica, y Leguía á nombre de la Academia de Medicina. Algunos jóvenes, entre quienes distinguimos á los Sres. Ortiz, Bandera, Vieyra y Romero, recitaron composiciones poéticas alusivas al acto, que terminó pocos minutos ántes de las ocho.

"En los funerales del Sr. Carpio se han hecho patentes el aprecio que la sociedad mexicana le profesaba, y la veneracion con que guardará su memoria."

COMPOSICIONES QUE NO FUERON LEIDAS

Y QUE HAN SIDO REMITIDAS

PARA ESTA CORONA.

EN LA SENTIDA MUERTE

DEL

SR. DR. D. MANUEL CARPIO.

Dando señales de mortal quebranto,
Lloran las ciencias al modesto sabio,
Cuyo inspirado y elocuente labio
Tomó del cielo su piadoso canto.

De amarga pena nuestras almas llenas,
Al verlo ya bajo la losa fria,
Lloremos ¡ay! como llorara un dia,
Sobre la tumba de Platon, Aténas.

¡Con cuánto afan su corazon ardiente
Lo bello y útil á la par buscaba!
¡Qué profundo saber se retrataba
En su serena y elevada frente!

De Grecia y Roma, y su rival Cartago,
La grandeza cantó y hechos gloriosos;
Del Líbano los cedros prodigiosos,
Y de Sodoma el espantoso estrago.

Cantó á la Religion; cantó á natura
Con fe sincera y con sublime acento,
Y Dios, en premio de su fe y talento,
Llevóse su alma á la celeste altura.

¡Llora, juventud! Sí, llora la muerte
Del maestro amado y bondadoso amigo;
Que yo quiero, tambien, llorar contigo
Junto al sepulcro donde yace inerte. . .

Mas no muere del sabio la memoria:
De Carpio al recordar la ilustre vida,
En sus páginas de oro, entristecida,
Ciencia y Virtud escribirá la historia.

Febrero 18 de 1860.

A. PANDO.



EN LA SENTIDA MUERTE

DEL SR.

D. Manuel Carpio.

Patria! númen feliz! nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino . . .
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas;
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

G. G. DE AVELLANEDA.

Devorado de bárbara tristeza

Pulso la lira que olvidado habia,
Carpio divino, cuya muerte lloro:

Perdonen mi osadía

Tu sombra airada, tu inmortal grandeza,

Que yo de hinojos tu favor imploro

Para elevar mi desolado acento,

Y derramar sobre tu noble tumba

Cubierta de magníficos fulgores,

Que envidiarán las gentes,

Mis lágrimas ardientes,

Mis deshojadas y marchitas flores.

¿Por qué este canto funeral me hiere,
Y el corazón temblando
Dejar quisiera el lacerado pecho?
Ay! es que un genio de mi patria muere,
Y va hasta el trono del Señor volando.
Porque es el mundo en que habitaba estrecho,
Dios le llamó para premiar sus obras
Con faz risueña y con acento blando,
Y á su partida nos dejó llorando.

¡Modelo de poetas
Y de escogidas y virtuosas almas!
¡Orgullo de mi patria,
A quien tu muerte deja
En angustioso duelo . . . !
“¿Quién cantará sus brisas y sus palmas,
“Su sol de fuego, su brillante cielo?”

¿Cómo se fueron tan hermosos días
En que cantar solías
Su gloria, sus encantos y reveses?
¡Mi patria sin ventura
El cáliz de amargura
Hoy tiene que apurar hasta las heces!

Ay! tú cantabas de la patria mía
Los bellos y risueños horizontes,
Los anchos mares, y los altos montes
En otro tiempo cuando Dios quería!
Tú, contemplando la celeste altura,
Rica en ideas la inspirada mente,
Te alzabas al Orion y Cinosura,
A Centauro y á Sirio refulgente.
Y de aquellas espléndidas regiones
Ala ignorante multitud extrañas,
Ardiendo siempre en sacrosanto fuego
Bajabas á las miserables cabañas,
Lleno de amor y de entusiasmo ciego.

Y recorriendo las extensas calles
De los bosques de América sombríos,
Pintabas con vivísimos colores,
Ya las palmeras que entre sí se azotan,
Ya los tendidos y frondosos valles,
Ya los soberbios y sonantes ríos,
Ya los jacintos que á su margen brotan.
Ledas entónces las pintadas aves
Unian á tus cánticos divinos,
Unas veces alegres, otras graves,
Sus armoniosos y variados trinos.

Oh! nunca Vénus entreabrió la espuma
De los soberbios intranquilos mares,
Para ostentar mas bella
Sus galas á millares,
Que la patria que fué de Moctezuma
A su inmenso poder obedeciendo,
Gallarda sin rival brotó sonriendo
De tu arrogante y prodigiosa pluma!

¡Qué bien la retratabas!
¡Con qué dulce primor la embellecías!
¡Cómo con ella de dolor llorabas!
¡Cómo con ella de placer reías!
¡Cómo su gloria y religion cantabas!
¿Y ahora? . . . Nada. El corazón se oprime,
Y clama el alma de dolor inquieta,
¡Perdió la patria á su cantor sublime!
¡Perdió la religion á su poeta!

.....
¿De qué le sirven los jacintos rojos
A mi patria infeliz, patria doliente,
Si no los han de ver tus muertos ojos,
Si no han de coronar tu yerta frente?

Y sin embargo, seguirán brotando
El lirio azul y el loto de la fuente;

Y la violeta y las pintadas rosas
 Que enamorado besará el ambiente.
 Y el sol, el sol ardiente
 Que en las altas montañas reverbera
 Y los campos de México fecunda,
 Continuará su espléndida carrera,
 Sin que á pararlo lleguen
 Los ayes de mi patria moribunda.
 No empero faltarán á tu sepulcro
 Mis lágrimas y flores,
 Ni á tu memoria faltarán loores,
 Que aunque la muerte en su fatal victoria
 Acabe con el hombre,
 No eclipsará tu inmarcesible gloria:
 Siglos y siglos vivirá tu nombre.

México, Febrero de 1860.

JULIAN MONTIEL.



EN LA MUERTE

DEL SR. DR.

D. MANUEL CARPIO,

Acaecida el 12 de Febrero de 1860.

El sueño duerme de la tumba fria
 Mi siempre bueno y generoso amigo,
 Inclito vate de la patria mia.

Y esta patria tambien gime conmigo,
 Y baña su mejilla amargo llanto,
 Ante el Señor de su afliccion testigo.

Cubierto el rostro con el negro manto
 Ricas guirnaldas de laurel luciente
 En su sepulcro deposita en tanto.

No con las rosas del placer la frente
 Carpio en sus verdes años coronara
 Como la incauta juventud ardiente;

De la augusta virtud antorcha clara
 Amó desde la edad cándida y pura,
 Sin verle nunca al deshonor la cara,

Y en el paterno nido, de ventura
Gozó en la margen del inmenso río
Que da á Cosamaloápan su hermosura;

Y allí en el bosque plácido y sombrío,
Bajo la esbelta y vividora palma,
Pulsó la lira con heróico brío.

Y de la noche en la apacible calma,
La beldad contemplando de los cielos,
Humilde ofrece á su Hacedor el alma.

Y logra del estudio en los desvelos
Huir la mundanal sabiduría,
Y de la ciencia descorrer los velos.

Y por ella raudales de alegría
En las mansiones de dolor derrama,
La caridad sirviéndole de guía.

Cuando la patria mísera lo llama,
Preséntase cumplido ciudadano,
Y en su fuego santísimo se inflama;

De las pasiones el tumulto insano
Se apaga ante él como en la firme roca
Las encrespadas ondas del océano;

Y si en triunfo la fama lo coloca
En lo mas alto de su ilustre templo,
Sella la envidia la maligna boca.

Cuantas veces á solas lo contemplo
De la cara familia en los hogares,
Lo halló otras tantas de virtud ejemplo.

De la santa amistad en los altares
Honremos al altísimo poeta,
Que aun se oyen sus dulcísimos cantares.

De Patmos el terrífico profeta,
Que de Dios en el seno se reclina,
Le da su ardiente inspiracion secreta;

Y la tremenda Magestad divina,
Velada entre relámpagos y truenos,
Canta, y el carro en que Elohim camina;

Y por los aires de tinieblas llenos
Mira cruzar al ángel que desata
De los abismos los profundos senos;

Y vuelca el mar sobre la gente ingrata,
A tiempo que á la tierra se desploma,
Desde el cielo rugiente catarata;

Y pinta los jardines de Sodoma,
Ardiendo en llamas, por el Juez severo,
Cuando de nuevo la impiedad asoma;

Y la dureza del egipcio fiero,
Y en el mar sepultadas sus riquezas,
Y el carro y el caballo y caballero;

Y á orillas del Eufrátes las grandezas,
La pompa y esplendor de los Asirios,
Sus crímenes y bárbaras proezas.

De Nínive la altiva los delirios,
Gimiendo en la ribera del Chabóras,
Sus vírgenes mas lindas que los lirios.

Del sacrilego rey las tristes horas,
De aquella noche en la execranda cena,
Y de Ciro las huestes vengadoras. . . .

Mas ¡cuán blanda su cítara resuena,
Cuando á la Vírgen que el Señor sublima,
Canta llena de amor, de gracia llena!

¡Y qué terrible cuando Dios intima
A Israel sus decretos de venganza,
Vuelta la espalda á la infeliz Sólima!

De Carpio el nombre excede á mi alabanza,
Que á celebrar su ingenio soberano
No el bajo vuelo de mi pluma alcanza.

Con la noble modestia del cristiano
Toma en las aulas distinguido asiento,
Limpio su corazon de orgullo vano;

Y sin turbarse el postrimer momento
Aguarda, en que se apague dé la vida
La llama, al soplo de ligero viento.

La muerte, por ninguno detenida,
Encuentra de la viña al operario
Con la cruz y la lámpara encendida.

Pensando en las angustias del Calvario
En lágrimas deshácense sus ojos,
Y lo bendice el ángel del Santuario.

Y cesan para siempre sus eñojos,
Que á la primera luz del nuevo dia
Abandona á la tierra sus despojos.

Y á su cantor la virginal María
Traslada á las regiones de la gloria,
Que por ella en amor su pecho ardia.

¡Feliz quien como Carpio la victoria
Obtenga en este valle de dolores!
Cual la dél será eterna su memoria,
Mas grata que el perfume de las flores.

Febrero 28 de 1860.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

EN LA MUERTE

DEL SR. DON

MANUEL CARPIO.

Saber y rectitud, virtudes pías,
Fama inmortal, le dieron su aureola:
Su vida se extinguió, cual mansa ola,
De la muerte al besar las playas frias.

Para ensayar sus santas melodías
Alimentó en su ser la llama sola
Que el alma purifica y acrisola,
Cual un tiempo los labios de Isaías.

Guardó el sepulcro la materia impura,
Y allí la gloria y la amistad terrena
Palmas llevan y lágrimas de duelo;

Mas el alma con blanca vestidura
Vuela al seno de Dios, y Dios la ordena
Seguir cantando en la region del cielo.

J. M. ROA BÁRCENA.